

"El papel de los padres en la educación de los hijos"

Hay que formar a los niños de mañana que ellos pongan en juego sus propias fuerzas

Conferencia del Rector de la Universidad de Salamanca a la Asociación de los Institutos de Zamora

EL domingo 1 de diciembre tuvo lugar en Zamora un acto organizado por la Asociación de Padres de Alumnos de los Institutos Nacionales de Enseñanza Media de Zamora, y al que concurrieron numerosos padres de escolares. En dicho acto, que tuvo lugar en el teatro del Colegio "Corazón de María", pronunció una interesante conferencia, sobre el tema "El papel de los padres en la educación de los hijos", el Excmo. y Magnífico Rector de la Universidad de Salamanca, Doctor D. Alfonso Balcells Gorina.

En el escenario presidiéron el Ilmo. Sr. Alcalde de la capital, D. Gerardo Pastor Olmedo, que ostentaba la representación del Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento; el conferenciante, Sr. Balcells; el Director del Instituto masculino, D. Albinio Martín Gabriel; la Directora del Instituto femenino, D.^a Rosario Prieto García; el Presidente y directivos de la Asociación de Padres.

Abrió el acto este último, D. Aniceto Cifuentes, que explicó que esta primera conferencia será un brillantísimo prólogo para el ciclo que la Asociación se propone organizar.

Luego hizo una detenida glosa de la destacada personalidad del Dr. Balcells como médico, *Catedrático, Rector, conferenciante, autor de numerosos trabajos profesionales y también como hombre de formación religiosa y simpatía personal extraordinaria*, el Director del Instituto masculino, Sr. Martín Gabriel.

Acto seguido inició su disertación el Dr. Balcells Gorina.

Después de explicar que venía a Zamora con gran satisfacción, que no es un pedagogo ni especialista en psicología infantil ni juvenil y que, por tanto, los únicos títulos que podía aducir para tratar este tema era su calidad de médico, que le obliga a conocer cuestiones humanas, y su condición de Profesor, que la obliga al trato asiduo con muchachos y a conocer, por tanto, sus problemas.

Añadió luego que el tema propuesto podía ser motivo de todo un curso de conferencias, razón por la cual se veía obligado a tocarlo solamente en forma de pinceladas sueltas, sugerentes, dejando colgados muchos interrogantes a los que cada uno de los asistentes tendría que buscar luego respuesta.

No hay que confundir la educación con la instrucción. La instrucción conduce a una sabiduría, a una acumulación memorística de saberes; es *instrucción de la cabeza*, intelectual. Instruir es tanto como introducir conocimientos. Educación, por el contrario, es sacar afuera, desarrollar, desplegar las facultades propias del niño, para que el germen que lleva dentro alcance la máxima potencia. Sin cambiar su personalidad, sin dejar de ser ellos mismos, conseguir que alcancen sus facultades el máximo desarrollo posible. Por tanto, educación no es tanto añadir cosas de fuera como sacar de dentro afuera, conseguir que las potencias internas del niño sean fuertes y armónicamente conjuntas.

Crearemos monstruos si educamos sólo la cabeza; hay que atender también al corazón, a la voluntad, a la estética, a la imaginación, al espíritu, al músculo, a la urbanidad, a las buenas formas.

Si la instrucción intelectual escapa como objetivo a los padres y se confía al Estado a través de las Escuelas, los Institutos, las Universidades y la instrucción religiosa corresponde a la Iglesia, hay, sin embargo, un papel intrasferible e inexcusable para los padres, que es el de la formación del hombre total, de la persona entera, preparando a los hijos para la vida; no para ganarse la vida, que eso es sólo una parte, sino para ser felices y cabales en la vida. Esta es misión exclusivamente reservada a los padres y en ella no pueden sustituirles ni el Colegio, ni el Instituto, ni nadie.

Educar es difícil. No hay recetas universales, porque los niños no son todos iguales. La educación en serie sería un absurdo. Hay que individualizar, y por tanto no valen las fórmulas.

En el niño se dan virtudes humanas y sobrenaturales que no pueden existir separadamente, porque se completan unas a otras, y es absurdo pensar que cultivando sólo las unas o las otras se puede lograr la plena formación del hombre. Hay que formar a los hijos, logrando que ellos colaboren en la tarea, que se formen también ellos mismos, que pongan en juego su autodominio, su autoeducación, respetando los padres en cuanto sea posible la espontaneidad, el germen que hay en aquella persona humana que es el niño, por pequeño que sea.

Una de las primeras virtudes que los padres han de conseguir de sus hijos es la lealtad, la nobleza, la sinceridad, que sientan amor a la verdad. Hay que premiar las confesiones espontáneas de lo que hicieron mal, siendo indulgentes en el castigo de aquello que ha sido directamente confesado, porque ese solo hecho entraña respeto a la verdad y confianza en los poderes. Por el contrario, debe perseguirse al acusica, al niño soplón, porque la acusación, la delación, entraña envidia. Pero para lograr que los niños sientan amor a la verdad hay que ser veraces con ellos. Los padres deben cuidar esas mentiras convencionales tan admitidas en la sociedad hoy; decir que no está en casa ante una llamada telefónica preguntando por el padre y otras pequeñas falsedades parecidas desorientan al niño.

Hay que cuidar que un sentido de justicia brille siempre ante los ojos del niño. Que no vea dentro de casa preferencia entre hermanos: las postergaciones suponen humillación. Cuidado también con las comparaciones, que siempre son expuestas. No hay que exigir a los niños más de lo que puedan dar de sí.

Para conseguir la educación de los hijos hay que dedicarles tiempo, tener paciencia con ellos. Hay que huir de los dos extremos: el de los padres intervencionistas que quieren hacerlo todo y el de los abstencionistas totales que, como mandan al niño a la Escuela, creen que ellos pueden lavarse las manos. Hay que colaborar con la Escuela. Los padres tienen también un papel en la formación intelectual, colaborando con los Profesores. Deben interesarse por saber cómo van los estudios de sus hijos, dialogar con los Maestros para conocer no sólo las notas, sino también sus impresiones sobre las tendencias del niño o de la niña, sobre la personalidad que demuestra, sobre alguna inclinación viciosa, que debe ser corregida a tiempo.

Los actuales sistemas de educación agobian a los chicos. Se les carga de quehaceres de tal forma que no les dejamos ni respirar. ¿Cuándo van a poder leer un libro interesante, una novela, hacer deporte, escuchar música?

Hay que ayudarles a trabajar, pero no hacerle su trabajo ni dárselo todo hecho. El niño debe aprender desde el principio que la autonomía hay que ganarla a pulso; llegar a valerse por sí mismo no se logra en un día, sino día a día, momento a momento, en la medida de sus posibilidades.

Para lograr el estímulo debe usarse el premio y el castigo, pero siempre en la medida humana, infantil. Hay que cultivar la reciedumbre. Que los niños tengan fortaleza, resistencia moral. Bien está echarles una mano, pero hay que lograr que se valgan ellos solos. Cuidado con la educación blandengue. Si no les negamos nada, les atrofiaremos la voluntad.

Hay que explicarles claramente lo que pueden y deben hacer y lo que no está bien que hagan, dejándoles luego libertad, manteniendo, naturalmente, una discreta vigi-

